... Asignatura Historia de la filosofía moderna y contemporánea Título Descartes Autor Joaquín Rodríguez Feo Día de grabación 16 de octubre del 79 Día de emisión 20 de noviembre del 79 Galileo, con su distinción de las cualidades primarias y secundarias, introducía un énfasis desconocido hasta entonces en el elemento subjetivo del conocimiento y con él una cierta sospecha sobre lo que hasta entonces se había llamado la objetividad de nuestros conocimientos. Y una característica de la filosofía moderna es esta desazón producida por la sospecha e incluso el temor de que nuestra subjetividad pudiera ser una barrera ante lo real más bien que un puente.

Ninguna de las grandes cabezas de la modernidad fue ajena a esta preocupación. De Descartes puede decirse que hizo de ella el centro de su pensamiento y que la línea que vertebra de alguna manera su obra es el esfuerzo por asegurar un método fiable de conocimiento, o como hemos titulado este guión, un modelo racional de conocimiento. Sobre la biografía de Descartes, remitimos a ustedes a los datos del texto y de las unidades didácticas e insistiremos aquí únicamente y brevemente en la importancia que tuvo para él su educación con los jesuitas de la Flesch. Joaquín Descartes puso a su hijo a los ocho años en manos de una de las instituciones más prestigiosas de Europa, el Collège Royal, fundado por Enrique IV en la Flesch y confiado a los jesuitas. La Ratio Studiorum que allí se aplicaba, especialmente bajo el rector Charlet, amigo de Descartes, a quien él llamaba su segundo hijo,

padre dejó en el joven René una señal definitiva. Es verdad que Descartes no hizo demasiado caso a los contenidos que allí recibió, pero el método y la disciplina intelectual permanecieron en su formación de una manera muy visible y esta mezcla de aceptación y rechazo de su formación juvenil va a estar presente a lo largo de su vida y de su pensamiento, especialmente cuando se proponga ofrecer un nuevo modelo de conocimiento que inevitablemente iba a chocar con la tradición más o menos establecida. Y aparte de esta etapa escolar aparecen huellas de su juventud en la amistad que entabló durante su servicio militar con el filósofo y matemático holandés Isaac Beckman. Propuesta de un modelo racional de conocimiento. El encuentro con Beckman mantuvo el entusiasmo de Descartes por seguir trabajando en su proyecto de un nuevo escenario. Un esquema racional de conocimiento que había sido su preocupación desde la

Flech. Anotó en marzo de 1619 la posibilidad de una ciencia completamente nueva que fuese capaz de resolver de una manera general todos los problemas que pudieran proponerse en todos los campos cuantitativos, ya fueran continuos o numéricos. Había empezado a entrever la posibilidad de un método universal para resolver problemas de naturaleza matemática. Pues bien, el desarrollo de este método, que el propio Descartes encontró lleno de dificultades, sobre todo en su aplicación, se halla especialmente en dos de sus obras, en Las Regule y en el Discurso del Método. Las Regule. En 1701 se publicó una colección póstuma de las obras de Descartes que contenía un tratado de metodología titulado Reglas para la dirección de la mente, conocido generalmente de forma abreviada por Las Regule. Este tratado, incompleto y plagado de repeticiones e inconsistencia,

lo compuso Descartes durante los meses del invierno de 1629 y el año siguiente. Posiblemente nunca pretendió publicarlo y lo consideró como un instrumento de uso personal. En él desarrollaba el nuevo método en términos simples, con mucho menos énfasis matemático que el discurso del método de 1637, pero ya en las regules se contiene

un proyecto abreviado del discurso. Afirma que todo conocimiento es de una única clase y que su adquisición depende únicamente de la mente humana. Rechaza el punto de vista escolástico según el cual existen varias clases de conocimientos basadas en la diversidad de objetos cognoscibles. Para él la mente, el poder de conocer, es siempre el mismo, con independencia de los objetos a que se aplique. Bien aplicado puede alcanzar la verdad infinita. Y la certeza, mal aplicado puede caer en el error o en la duda.

sano tiene capacidad para discernir lo verdadero de lo falso, tiene la luz natural de la razón. Solamente cuando se descubren la naturaleza y los límites de ese poder se puede determinar la manera correcta de hacer uso de esa capacidad. Esto implica, en primer lugar, la eliminación de cualquier factor que suponga un impedimento, como por ejemplo las opiniones preconcebidas de cualquier género, y en segundo lugar, la práctica estricta de un método ordenado tal como él lo ha conocido, por ejemplo, en las matemáticas. Así, se deberá partir de unos datos evidentes que se conozcan como verdaderos de una manera clara y distinta y se deberá proceder con la seguridad de que cada paso del proceso es a sí mismo evidente. El razonamiento silogístico en el cual se basaba la filosofía escolástica deberá ser rechazado como inocente. El razonamiento silogístico en el cual se basaba la filosofía escolástica deberá

que preocupaba a Descartes era la unidad de las ciencias y el hallazgo de un método analítico de razonamiento. Estas dos ideas están en la base de la revolución cartesiana en ciencias y en filosofía. Las règules no suponen ingenuamente que cualquiera sea capaz, por el mero hecho de seguirlas, de descubrir nuevas verdades. Aparte de la capacidad mental innata que es obviamente desigual en cada persona, es necesario un largo proceso de aprendizaje para adquirir lo que Descartes llamaba sagacidad y perspicacia. Él consideraba con razón que había superado esa etapa y durante cuatro años se ocupó en el estudio de las diferentes ciencias, las cuales, unificadas por su nuevo método, le llevarían a un esquema universal de conocimiento. Descartes tuvo la ambición de publicar un trabajo comprensivo que había titulado Le Monde y para 1633 tenía ya casi terminado su proyecto, pero por una carta de su amigo Mercer, sentó.

se enteró de que Galileo había sido condenado en Roma por la Iglesia Católica, por la defensa que hacía de la teoría copernicana del movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Y aunque él, en Holanda, no corría ningún peligro físico, fue lo bastante cauto como para no publicar su obra. Ni siquiera envió el manuscrito a Mersenne. Esta decisión, sin embargo, no conmovió lo más mínimo su certeza sobre la verdad de sus conclusiones y en los tres años siguientes trabajó para demostrar que su nuevo método y algunos ejemplos de su aplicación estaban basados esencialmente en una firme convicción filosófica que, por otra parte, le parecía debería ser aceptable para los teólogos católicos y para sus antiguos maestros, los jesuitas. Discurso del método. Fue en Leiden, en 1637, donde Descartes publicó un volumen anónimo titulado Discurso del método, en el que una de las cosas son...

sorprendente será que estaba escrito en francés, cuando lo normal hubiera sido publicarlo en latín. Y parece que este discurso era simplemente una introducción, como la séptima parte del volumen total, de su obra ambiciosa sobre el mundo. Esta introducción, escrita en un estilo sencillo y elegante, exenta de retórica, ha ejercido un influjo decisivo en la marcha del pensamiento filosófico moderno. Es un clásico de la filosofía, introdujo una nueva mentalidad y, desde luego, nuevos problemas. Las frases inaugurales del discurso son ya

un tópico de la literatura filosófica universal. El buen sentido, dice, es la cosa del mundo más repartida, pues cada uno cree estar tan bien provisto de ella, que hasta los más difíciles de contentar en cualquier otra cosa, no acostumbran a desear más del que tienen. Esta cortés ironía, esconde el acerto fundamental de que la mente humana es básicamente sana,

y el único medio de alcanzar la verdad. Las tres primeras secciones del discurso describen la decepción del autor por los conocimientos que había adquirido a través de la educación y de los libros. Y la solución que Descartes propone, no aceptar cosa alguna como verdadera, que yo no vea clara y distintamente que es así. De esta forma, no sólo rechaza las ideas y opiniones aceptadas, sino que se propone dudar de todo, hasta tanto no se vea convencido de lo contrario por hechos evidentes. Esta sería la primera regla del método. La segunda contiene instrucciones para analizar el problema antes de resolverlo. Una vez liberada de prejuicios, la mente, a ejemplo de los matemáticos, debe dividir cada dificultad que se examina en tantas partes como sea posible, en orden a descubrir lo que es relevante en el problema y reducirlo en cuanto sea posible para que se pueda resolver el problema. La tercera regla es...

Conducir mis pensamientos en orden, comenzando por los objetos que son más simples y más fáciles de conocer y de esta forma proceder gradualmente al conocimiento de los más complejos. La cuarta regla es una advertencia en orden a recapitular las cadenas de razonamientos para estar seguro de que no ha habido omisiones. Estas simples reglas no hay que considerarlas como una mera fórmula automática, más bien deben verse como una disciplina mental basada en el ejemplo de la práctica matemática. Y para encontrar el dato evidente sobre el que construir su ciencia, Descartes en la cuarta sección del discurso, desarrolla lo que él llamó los fundamentos matemáticos de su doctrina, dado que la ciencia del mundo físico debe, en su opinión, basarse en la absoluta certeza del mundo real. El método de la ciencia de la ciencia es el método de la ciencia de la ciencia. El método de la duda es ampliado universalmente, lleva los argumentos de los escépticos hasta sus límites, rechaza la incierta evidencia de los sentidos e incluso considera que la ciencia es un método de la ciencia.

a la existencia del propio cuerpo como una posible ilusión o como un sueño. Pero yo que dudo, yo que me engaño, al menos mientras dudo, debo existir y como dudar es pensar, mientras pienso yo existo. Cogito ergo sum. Y de esta piedra angular de certeza evidente Descartes hace derivar todas sus proposiciones filosóficas. A pesar del anonimato del discurso el nombre y las teorías de su autor fueron conocidos rápidamente en los círculos pensadores de Europa y aún escribirá Descartes sus Meditaciones, obra en latín, en la que ofrecerá un más elaborado desarrollo de la cuarta parte del discurso, su doctrina metafísica. El manuscrito final lo envió a Mersenne a quien confió la tarea de conseguir la aprobación final de la Sorbona así como las opiniones de los sabios. Mersenne recogió las opiniones críticas incluidas las del filósofo inglés Hawking, Hobbes, Léonard de Léonard, el rey de la Biblia, el rey de la Biblia y el rey de la Biblia,

y las del matemático francés Gassendi, y se las envió a Descartes que replicó, a veces en forma irritada. Después de publicarlas en París en 1960, junto con las objeciones y las réplicas, la obra fue traducida al francés en 1647. Las meditaciones siguen la línea del discurso. Tal vez la diferencia mayor estribe en que lleva su duda metódica más lejos aún,

hasta imaginar un hipotético genio engañador, omnipotente, capaz de causar una especie de mentira universal. Y la respuesta es la misma. Al menos yo, mientras soy engañado, existo. Las meditaciones están construidas como un solo argumento, cada uno de cuyos eslabones depende del anterior, en un elaborado orden de razones, y constituye el más puro exponente del método y del pensamiento. El pensamiento de Descartes.

Es verdad que la publicación de las meditaciones amplió la fama de Descartes en toda Europa, pero a la vez el autor se vio envuelto, directa o indirectamente, en desagradables controversias que casi siempre acababan adquiriendo tonos teológicos. En Holanda, el rector de la Universidad de Utrecht le acusó de ateísmo y de hecho Descartes fue condenado por las autoridades locales en 1642 y 1643. Fue necesaria la intervención del embajador francés para evitar males peores y en 1645, por un decreto de la Universidad de Utrecht, se creaba una especie de armisticio con la prohibición de ningún escrito, ni a favor ni en contra de la doctrina cartesiana. En Leiden, en 1647, se le acusó de pelagianismo y en Francia los jesuitas, con la excepción de algunos jóvenes, recibieron con frialdad las obras de su exalumno. En medio de todas estas cosas, en medio de todas estas disputas, Descartes se esforzaba en presentar una visión de la vida de los jesuitas.

visión de su pensamiento que pudiera ser aceptada en los círculos católicos, pero fue inútil. Sus obras fueron finalmente incluidas en el índice de libros prohibidos. Gracias por ver el video.